



JULIA,
de Altamirano
LUCHA DE
LA MUJER
Y DE LA PATRIA

● JOSÉ ROBERTO MENDIRICHAGA

En memoria de Manuel Pacheco, culto y generoso librero

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO (Tixtla, México, 1834-San Remo, Italia, 1893), escritor de limpieza indígena,¹ militar, universitario, periodista, maestro, funcionario público y diplomático; se ganó el respeto de propios y ajenos, en virtud de un equilibrado carácter que lo distinguió en el trabajo y en las grandes decisiones de su partido y de la República. Fue un hombre que supo alcanzar, a pulso, importantes puestos y responsabilidades. Tenía grandes inquietudes de reivindicación social, pues provenía del sector más humilde del pueblo; con todo, no se olvidó de los suyos y supo luchar por los más débiles desde diversas trincheras.



Como liberal, fue de los más moderados y pugnó por que las voces de todos los mexicanos se dejaran escuchar, sobre todo ya en su madurez.² Lo anterior quedó evidenciado, particularmente, en su tarea como director de la revista *El Renacimiento*.³ Se da, pues, un vuelco en su actuación cívica, que responde a la necesidad de la propia República, en la convicción de que, sin la unión nacional, es imposible avanzar.

Pero tuvo Altamirano, además, una faceta que desarrolló fuertemente y que lo convierte en un escritor representativo del romanticismo y del costumbrismo literario mexicano. Su prosa de cuentos y novelas lo sitúa dentro de los mejores narradores de

su época. Es obvio que, habiendo transcurrido ya la primera década del siglo XXI, a la luz de los criterios estéticos vigentes, resulte un tanto difícil aceptar la actualidad de todos sus temas y recursos, pero es innegable que la mayoría de sus relatos despiertan aún emoción en la mayoría de los lectores, por el tratamiento que da a los asuntos que aborda.

LITERATURA MEXICANA DEL SIGLO XIX

Conviene dar, así sea de manera sucinta, una visión de lo que era la literatura mexicana del siglo XIX, tanto la anterior a cuando Altamirano comienza a producir sus primeros textos, como la que empata con su ejercicio literario y se considera la de su generación. A Altamirano lo ubicamos dentro de la llamada generación del Liceo Hidalgo (1849-1856), que eran algunos de los integrantes de la disuelta Academia de Letrán (1836), más otros que se sumaron al proyecto literario y cultural del momento.

Habría que mencionar que las academias jugaron un decisivo papel en esta primera mitad del siglo XIX, que pasa por el periodo independentista, la primera monarquía, el centralismo, el federalismo y las luchas entre liberales y conservadores. Así, en la Arcadia Mexicana (1805), con *Diario de México*, destacan: Jacobo de Villaurrutia, Carlos María de Bustamante, José Mariano Rodríguez del Castillo, Mariano Albano Barazabal, Agustín Pomposo Fernández, José Manuel Sartorio, José María Lacunza, Francisco Uraga, Antonio Salgado, Anastasio de Ochoa y Acuña, Francisco Palacios y varios más.

Muchos años después, a partir de 1836, en la Academia de Letrán figuran: José María Lacunza,

1 En el libro *Ignacio Manuel Altamirano. Iconografía*, José Luis Martínez afirma: "Se proclamó descendiente de uno de los sacerdotes aztecas de la fortaleza de Tixtla" (Sierra y Barros, 1993: 8).

2 Tuvo Altamirano una primera época de purismo e intransigencia, como advierte Rafael Olea Franco en su ensayo: "Altamirano: la crónica testimonial". Escribe Olea Franco acerca de la actitud de Altamirano en 1861, para exigir en la Cámara de Diputados "[...] rechazo a promulgar una Ley de Amnistía para quienes habían combatido contra la Reforma en la guerra de los tres años (1857-1860)"; o para demandar, días después, "[...] castigo contra Manuel Payno por haber apoyado a Comonfort en su golpe de Estado de diciembre de 1857". Y cita a Vicente Quirarte, cuando éste señala en "El coronel sí tiene quien le escriba": "El joven que en 1861 pedía la cabeza de sus enemigos, no ha claudicado de sus principios; ha evolucionado del modo en que lo ha hecho su país" (Olea Franco en Altamirano, 2006: 358-359).

3 Lo escrito acerca de *El Renacimiento* por el mismo José Luis Martínez es fundamental. En el capítulo cuarto de un amplio ensayo sobre Altamirano, señala el crítico literario: "Pero si pretendiésemos encontrar en el nutrido conjunto de las revistas (alrededor de doscientas) la publicación más significativa y elocuente, la que compendiasse en sí misma todo el carácter de la época, ninguna mejor que el semanario *El Renacimiento*, que se publicó en México, en 1869, bajo la inspiración del espíritu más noble y lúcido con que contó la literatura mexicana en el siglo XIX, Ignacio Manuel Altamirano [...]". "Es *El Renacimiento*, por todo ello, el documento que mejor sintetiza el carácter literario, y aun cultural y social, de toda una época" (Martínez, 1955: 82-83).

su hermano Juan Nepomuceno Lacunza, Manuel Tossiat Ferrer, Guillermo Prieto, Andrés Quintana Roo, Manuel Carpio Hernández, Vicente Riva Palacio, José Joaquín Pesado, José María Roa Bárcena, Ignacio Ramírez “El Nigromante”, Ignacio Rodríguez Galván, José María Lafragua, Fernando Orozco y Berra y otros más.

¿Quiénes eran algunos de los autores que habían precedido a Altamirano en el cultivo de las letras? En narrativa, desde luego, José Joaquín Fernández de Lizardi, con *El Periquillo sarniento*; José Bernardo Couto, con *Diálogo sobre historia de la pintura en México*; José María “Lafragua”, con *Netzula*; Manuel Payno, con *El fistol del diablo*; Guillermo Prieto, con *El alférez*; y José María Roa Bárcena, con *Relatos*. En poesía prevalecieron Manuel Martínez de Navarrete, con *Entretenimientos poéticos*; Fernando Calderón, con *Obras poéticas*; e Ignacio Rodríguez Galván, con *La profecía de Guatimoc*. Y en teatro, Manuel Eduardo de Gorostiza, autor de *Contigo pan y cebolla* y nuevamente aparecen: Calderón, con *El sueño del tirano* y Rodríguez Galván, con *La capilla*.

¿Y quiénes son los coetáneos de Altamirano? Como hemos mencionado, los del Liceo Hidalgo; es decir: Manuel María Flores, Angel de Campo (“Micrós”), Francisco Zarco, José Tomás de Cuéllar, Francisco González Bocanegra, José María Tornel, Francisco Pimentel, Concepción Piña, Francisco Granados Maldonado, Florencio del Castillo junto a el propio Altamirano, entre otros.

Ahora bien, si queremos tener un panorama más amplio de nuestra literatura de la primera mitad del siglo XIX, nada mejor que ir precisamente al mismo maestro Altamirano y leer “Renacimiento de la lectura mexicana. Hojeada histórica. Elementos para una literatura nacional”. En este texto, el antologador da cuenta de casi todos estos poetas, novelistas y dramaturgos, dejando ver, igualmente, su vasta lectura de los principales autores, tanto mexicanos como extranjeros (en Altamirano, 2006: 253-284).⁴

4 Un trabajo que se antoja como reto es listar a todos aquellos autores antiguos, griegos y romanos, medievales, renacentistas y modernos, que fueron leídos y comentados por Altamirano, algunos de los cuales fueron traducidos por él del alemán, el francés, el inglés y el italiano.

NARRATIVA DE ALTAMIRANO

La cronología, de Nicole Girón, en *Para leer la patria diamantina* (Altamirano, 2006), contribuye en mucho al mejor seguimiento de la producción literaria de Altamirano. Aquí nos centraremos únicamente en la narrativa, para señalar que la primera novela del guerrerense es *Clemencia*, publicada en 1869. En 1870 publicó la obra que nos ocupa, *Julia*, la que quedó incluida en los *Cuentos de invierno*, de 1880. Viene luego *La navidad en las montañas*, de 1871; *Antonia*, de 1872; *Beatriz*, inconclusa, de 1874; y *El Zarco*, que Altamirano entregó al editor Santiago Ballezá en 1888, pero que no aparecerá hasta 1899, por lo cual es obra póstuma (2006: 383-417). Está, además, *Atenea*, novela inconclusa de 1889, texto también póstumo que se encontraba en poder de Luis González Obregón y que fue publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1935, en el *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano* (Gutiérrez de Velasco en Altamirano, 2006: 376-377).⁵

Evodio Escalante, en un amplio ensayo acerca de la narrativa del citado escritor, en el estudio de *El Zarco* y de *La navidad en las montañas*, considera que “las novelas de Ignacio Manuel Altamirano corresponden a un tal proyecto de una subjetividad formadora [...]”. “[...] La tarea de las novelas de Altamirano, a este respecto, es el de explicitar, justificar y legitimar, dentro del espacio narrativo, pero sabiendo bien que esto tendrá consecuencias en el plano de lo social, la visión del mundo de sus colegas republicanos, y de modo más específico, el proyecto de país por el que ellos han apostado la existencia [...]”. Y agrega:

La búsqueda de una homeóstasis social corre pareja en los textos de Altamirano, con una suerte de homeóstasis novelística, en virtud de la cual el trabajo de la descripción podrá leerse no sólo como un marco, como una escenografía, sino también como una prognosis de lo que sucederá en el relato.

5 Luzelena Gutiérrez de Velasco, investigadora-docente del Centro de Estudios Literarios de El Colegio de México, señala en su ensayo “El proyecto novelístico de Ignacio Manuel Altamirano”: “Sorprende este último texto por ser ya la puerta de entrada a una nueva sensibilidad literaria, a fines del siglo XIX, con carácter parnasiano y tal vez auspiciador de ciertos ambientes modernistas que llenarían las páginas de nuestra literatura a partir de la *Revista Moderna*” (Altamirano, 2006: 365-379).

Con esto quiero decir que las descripciones de Altamirano no son inocentes, y que no permanecen ajenas a lo que sería el proyecto ideológico que habrá de defender el texto (Escalante: 1998: 164-165).

Por su parte, para Emmanuel Carballo, “sus textos cortos tienen las mismas características de sus narraciones extensas. La estructura es precisa, la historia no se enreda en digresiones inútiles, la trama cumple discretamente su cometido [...]”, lo que reitera más adelante, cuando señala: “[...] Los puntos buenos de Altamirano como novelista tienen que ver con la estructura, el estilo correcto y fácil, la reseña de costumbres, la descripción de ambientes y la pintura del paisaje (traza el paisaje no como telón de fondo sino como elemento vivo de la obra). Con Altamirano se inicia una nueva etapa en nuestra novela, en la que se recurre al oficio y se mira con malos ojos a la improvisación” (Carballo, 2001: 16, 21).

Pero no quedaría completa la visión sobre su narrativa si no se incluyeran algunas apreciaciones que discrepan de los anteriores juicios acerca de la valía de la prosa narrativa de Altamirano, por lo que hay que señalar lo que dicen, por ejemplo: José Luis Martínez: “Mas estos méritos de la obra novelesca de Altamirano son obviamente más significativos en el plano de la historia de nuestra literatura que en el de la calidad intrínseca de las narraciones” (Martínez, 1955: 61-62); o el propio Emmanuel Carballo: “Más que un novelista, que un poeta, Altamirano es un hombre de letras que subordina su talento artístico a la conquista de valores que sirvan al engrandecimiento de la patria” (Carballo, 2001: 22). Ahora bien, es obvio que no hay que sacar de contexto estas ideas, que forman parte de una ponderación mayor, dejando claro que no se da sumisión literaria a la prevalencia ideológica, como trataré de demostrarlo en el análisis de *Julia*.

BREVE SINOPSIS DE JULIA

Julia, esta novela corta o este cuento largo, como se prefiera, fue publicada por primera vez, como ya se ha señalado, en 1870. Forma parte de *Cuentos de invierno*. ¿Cuál es su asunto? Un amor apasionado entre un hombre y una mujer. El *leitmotiv* o situación típica que se repite es la dificultad para que ese amor se complete, se afiance y sea recíproco. En la acción, hay una serie de situaciones —viajes, encuentros y desencuentros— que recubren el asunto. Y se dan también contenidos

psicológicos, sociopolíticos, político-ideológicos y religiosos que enmarcan y dan vida al relato.

Los principales personajes son: Julián, Julia y el Sr. Bell, habiendo un narrador omnisciente. El argumento es el de una joven llamada Julia, que va a querer ser despojada de sus bienes por su padrastro. Ambos, madre y padrastro, quieren

enclaustrar a la joven en un convento, tanto para privarla de sus bienes como para mantenerla alejada de un novio pobre a quien no consideran sea el mejor candidato para Julia. Al no mostrar el novio suficiente determinación y carácter para hacer frente a tales presiones, la joven escapa y, en su huida, se topa con los dos caballeros de la novela: el mexicano Julián y el inglés Bell.

Bell es el propietario de una mina y Julián, empleado del anterior, es el ingeniero en jefe de la misma. Luego de haber escuchado los planteamientos de Julia y las razones para su huida, Julián y Bell piensan que lo mejor será llevar a la joven con sus familiares, pero la rechazan para no entrar en problemas con la madre y su padrastro.

La joven Julia se enamora del empresario inglés, pese a que quien más la protege y, además, la corteja, es Julián. Pero el inglés tiene una novia con quien está ya comprometido y, además, hay de por medio una jugosa dote. Cuando Julián manifiesta su amor y no se ve correspondido, pues Julia le ofrece sólo una relación de amistad, entra en crisis y enferma gravemente, quedando al borde de la muerte.

Julián se va recuperando lentamente de este mal de amor. Vuelve a trabajar en la mina, pero por corto tiempo. Finalmente, como posible evasión se enlista en la milicia y marcha al frente de batalla. Es herido en la guerra contra los franceses. Al estar grave en Puebla y protegido por la humilde familia de un carpintero, Julia reaparece en escena. Para entonces ella es ya una joven de 27 años, todavía soltera.

Los protagonistas están frente a sí, a solas. Ha pasado ya el peligro de la salud para Julián, al igual que la guerra. Pero el temor a ser rechazado y el orgullo mismo ciegan a Julián, quien no responde a una Julia que ha cambiado su decisión y plantea al ingeniero mexicano iniciar una relación afectiva formal. Ella termina casándose con otro, luego de que Julián le ha hecho creer, mintiéndole, que la razón por la que no podía corresponderle es que ya había contraído matrimonio. No tiene *Julia*, pues, un *happy end*. Su final es amargo.⁶

Acerca de si es o no autobiográfico el relato, Edith Negrín apunta:

Las narraciones de Altamirano no son autobiográficas, pero en ellas vierte el escritor las vivencias íntimas, a veces dolorosas, que quedan fuera tanto de su imagen oficial de personaje público, como del racional autor subyacente a sus crónicas y ensayos (“Evocación de un escritor liberal”, en Altamirano, 2006: 45).

Sin pretender establecer una relación exacta entre la realidad y el relato, lo cual atentaría contra la ficción, que corresponde por esencia a la novela, existe el hecho, en la vida de Altamirano, de una temprana relación afectiva que no cuajó y que, al parecer, jamás olvidó el estudiante del Instituto Literario de Toluca.⁷

6 Una magnífica síntesis de *Julia* es la realizada por Luzelena Gutiérrez de Velasco: “*Julia* es en cierta forma un homenaje a la mujer libre, bella, culta, con afición al estudio, pero que se pierde porque se deja cegar por la posición social y el atractivo del extranjero, quien a su vez prefiere a otra mujer de más alto linaje y mayores riquezas”. Y, a su vez, “[...] herido, Julián se reencuentra con Julia, pero el orgullo lo lleva a rechazarla [...]. La historia ofrece el camino de salvación, pero endurece el espíritu del soldado” (Altamirano, 2006: 365-379).

7 ¿Se habrá tratado de “Carmen”, la joven poéticamente designada así, quien vivía en Cuautla “y a la cual Altamirano estuvo ligado por un amor profundo”? Ver: Nicole Girón en Altamirano, 2006: 385.

¿LO NARRATIVO O LO IDEOLÓGICO?

Uno de los aspectos que llama la atención en este y en otros relatos de Altamirano es su forma de entretener los sucesos literarios con las ideas político-religiosas, al combinar la narrativa romántica, en este caso de Julián y Julia, con aspectos que se enlazan con la estructura de unas relaciones Iglesia-Estado bastante tensas, luego de las Leyes de Reforma.

Altamirano introduce en la narrativa de *Julia* un elemento exterior, ideológico —se diría—, que está vinculado con la postura personal del autor acerca de la libertad que entregan los jóvenes clérigos y religiosos de ambos sexos al profesar los votos de pobreza, caridad y obediencia en obediencia a Dios, dentro de la institución eclesial, como camino de perfección y ascesis.

En *Julia*, este sentimiento de rechazo del autor hacia ese estado de vida, que a primera vista pareciera contravenir los dictados de la libertad humana, está presente en los siguientes párrafos del texto, cuando, en su fuga, la bella protagonista se dirige a Bell y a Julián en estos términos:

[...] Soy joven, huérfana de padre, pertenezco a una familia decente, aunque desgraciada, y me ven ustedes huir así porque mi casa es una horrible prisión en que se me había encerrado como a una reclusa desde hace tres meses, para hundirme en un convento [...]. [...] Repentinamente, todos los amigos de la casa, todos los viejos y viejas que llevaban relaciones con el marido de mi madre, comenzaron a hablarme de las dulzuras de la vida del convento, de la falsedad de los hombres, de la miseria de los placeres mundanos, de la dificultad de ser feliz con el amor de un marido, de las graves pesadumbres que acarrea el matrimonio. Refirieronme los ejemplos de cien jóvenes tan bellas como ricas, y que habiéndose casado eran terriblemente desventuradas. Me encarecieron la paz santa del claustro y me aseguraron que si después de pasados algunos meses en un convento no me agradaba la existencia que se llevaba allí, podría salir otra vez al mundo. En suma: yo no oía hablar por todas partes más que de la felicidad que me aguardaba siendo monja (Altamirano, 1976: 99-101).

Otro elemento ideológico que se advierte en el relato tiene que ver con la estructura militar, de la que también formaba parte el protagonista Julián. Ante la primera negativa de Julia de corresponder a su amor, en la que ella invoca la palabra “amistad”, Julián, ya repuesto de su fuerte quebranto físico y emocional, opta por un singular servicio:

[...] ¡Esperanza!; ¡en qué?, me preguntarás. Pues bien: sí, esperanza, no en Julia, sino en la Patria. Gracias al cielo, comenzaba a romper las tinieblas de mi alma algo parecido a un fulgor, cada vez más creciente. Era el amor a la libertad [...] (122-123).

ALTAMIRANO FORMA PARTE DEL GRUPO DE ESCRITORES DE MEDIADOS DEL SIGLO XIX QUE ESTABA CONVENCIDO DE QUE NO SE PODÍAN LLEGAR A SUPERAR LOS PROBLEMAS DEL PAÍS, SI NO SE ENCONTRABA UNA EXPRESIÓN NACIONAL QUE DIERA VIGOR A LA RAZA Y LA IMPULSARA A EVITAR OTRA INTERVENCIÓN EXTRANJERA.

Es la trasmutación de un amor por otro: el carnal, por el etéreo; el de Julia, por el de la República. Y los pretextos o aparentes motivos son, primero la Guerra del Sur, y luego la Intervención Francesa.

Pero analizándolo bien, ¿queda supeditado el relato amoroso a estos elementos ideológicos, que son lo religioso-clerical y lo político-militar? Diremos que en modo alguno. Simplemente, se funden ellos mismos en lo narrativo y lo distinguen, lo marcan.

A MANERA DE SÍNTESIS

Julia, de Altamirano, es una novela corta que se inscribe en el romanticismo literario de la época; que contiene pasajes descriptivos de Taxco y que aborda el carácter de los protagonistas, la situación política de la época, las diferencias entre liberales y conservadores, la institución familiar, los prejuicios sociales, los resortes del poder y del dinero, las clases socioeconómicas y una serie de elementos que la convierten en un relato lleno de fuerza y expresión.

Altamirano forma parte del grupo de escritores de mediados del siglo XIX que estaba convencido de que no se podían llegar a superar los problemas del País, si no se encontraba una expresión nacional que diera vigor a la raza y la impulsara a evitar otra intervención extranjera. La nueva cultura, pues, habría de estar inserta en un nacionalismo republicano, sin que precisamente se asumiera lo indígena de una manera expresa, pero sí, al menos, indirecta.

En la novela analizada, sus personajes y la trama misma del relato representan esta lucha de la mujer y de la Patria, por acceder a una libertad que se había disminuido. Como en otras obras de Altamirano, se advierte una prosa limpia y cuidada. Vibramos con el tema. Las sorpresas asoman en cada capítulo leído. Y planteamiento, nudo y desenlace se dan en forma perfecta. Pero, sin duda, la reseña y la crítica sólo apuntan. Lo importante es el texto todo; lo importante es *Julia*. ◆

Referencias

- Altamirano, I. M. (1976). *Cuentos de invierno* (Col. “Sepan cuantos...” 62. Octava edición) Ciudad de México: Porrúa.
- Altamirano, I. M. (2006). *Para leer la patria diamantina, una antología general* (Coordinada por Edith Negrín). Ciudad de México: Biblioteca Americana / FCE / FLM / UNAM.
- Barros, C. y Sierra, C. (1993). *Ignacio Manuel Altamirano. Iconografía*. (Prólogo de José Luis Martínez). Ciudad de México: Gobierno de Guerrero / CONACULTA / FCE.
- Carballo, E. (2001). *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XIX*. Ciudad de México: Océano / CONACULTA.
- Escalante, E. (1998). *Las metáforas de la crítica* (Col. Contrapuntos). Ciudad de México: Joaquín Mortiz.
- Martínez, J. L. (1955). *La expresión nacional. Letras mexicanas del siglo XIX*. Ciudad de México: UNAM.